

La imaginación sin lastres

Eduardo Antonio Parra

Aunque muchos de sus muchísimos lectores lo desconozcan, o simplemente no tengan acceso a aquellos sus primeros libros, Élmer Mendoza ha sido durante toda su trayectoria un audaz cultivador de las formas breves, del relato, del cuento, de la crónica urbana, de la prosa poética, o de los géneros híbridos que se derivan de las mezclas de estructuras, estrategias y puntos de vista propios de cada uno de ellos. Su curiosidad literaria, sus inquietudes estéticas, sus constantes exploraciones en territorios poco transitados no son características recientes en este autor; comenzaron a conformarse en él desde los años de aprendizaje, adquirieron soltura y dirección en el ejercicio día a día más intenso de las letras, para afinarse de un modo definitivo en la etapa de plena madurez en la que hoy se encuentra, cuando la experiencia de años transcurridos frente al papel cristaliza en sus libros más representativos. Cualquiera que logre hacerse de volúmenes como, por ejemplo, *El amor es un perro sin dueño* o *Buenos muchachos*, publicados en Sinaloa y agotados hace años, podría darse cuenta de que toda la producción narrativa de Élmer Mendoza se sostiene en una unidad temática —que va mucho más allá de lo policiaco, “negro” o criminal—, en la permanencia de ciertas inclinaciones estilísticas o expresivas, y en la actitud omnívora que lo ha llevado a adentrarse en la ruta de los llamados “subgéneros” con el fin de detectar en ellos elementos susceptibles de ser canibalizados por su propia obra. Esto queda de manifiesto con su más reciente publicación, *Firmado con un klínex*, volumen de relatos nada convencionales con los que el autor cierra un círculo cuyo punto de partida fueron sus libros de inicio, envuelve en él sus cinco novelas, y traza nuevas

Élmer Mendoza FIRMADO CON UN KLÍNEX

colección andanzas



líneas que, con seguridad, veremos continuadas en su obra posterior.

Hay quienes dicen que, en sus colecciones de relatos, los novelistas dejan plasmada la esencia o la síntesis de sus obsesiones literarias. Otros afirman que el cuento es el espacio experimental donde ensayan fórmulas, prueban estructuras y sueltan la pluma para comprobar la eficacia de ciertos discursos. Tras leer las historias que constituyen *Firmado con un klínex* —algunas de ellas brevísimas—, es posible afirmar que las dos opiniones se aplican al libro: en ellas se aprecian, desnudos, sin esa parafernalia verbal que exige la novela, varios de los elementos que identifican a Élmer Mendoza como narrador; y al mismo tiempo advertimos que estos relatos son una suerte de laboratorio o, mejor, de cuarto de juegos, donde el autor se encierra un rato para divertirse a solas con la literatura mientras de-

sarrolla sobre el papel lo que para escritores menos audaces se hubiera quedado sólo en intuiciones, entrevistas, en un momento de iluminación.

Por ejemplo, en “Rompecabezas”, el cuento de tono fonsequiano que abre el volumen, nos topamos con la violencia presente en las novelas de Élmer. Pero si en ellas las situaciones de brutalidad por lo común se dan a causa de la delincuencia y las encontramos siempre envueltas en la ironía del narrador, aquí su origen es más banal —un pleito entre una pareja de arquitectos— y se nos presentan crudas, sin atisbo de humor y, por lo tanto, más impactantes al corresponderse con la realidad. En apenas siete páginas vemos a un hombre y a una mujer en armonía trabajando juntos en un proyecto; tras unos tragos, ella comienza a caer en el síndrome de la “mala copa”; la tensión sube de tono hasta que revienta con un estallido que deja al lector pasmado, con una sensación extraña, reconociéndose con desaliento en los personajes, y el título del texto, que al principio era tan sólo una palabra críptica, adquiere significados dolorosos en nosotros.

En los dos siguientes relatos, muy bien imbricados entre sí, el autor va del absurdo y la fantasía —territorios donde la imaginación suele desdoblarse sobre sí misma— a una historia detectivesca que se acerca más a lo tradicional (por lo menos en la forma), para de inmediato emprender el regreso en sentido contrario: en el primero de ellos, “Si te vas a enamorar de alguien que sea de alguien así” —título con resonancias carverianas—, una mujer que se acaba de suicidar se hace presente en un restaurante porque había quedado de comer con un hombre “que no es su tipo”, con quien entabla una conversación aparente-

mente cotidiana, salpicada de frases como la siguiente: “Tengo el corazón destrozado, esta semana mi novio y sus amigos me quemaron viva, es horrible, por eso me suicidé”. Al enterarse de que se lanzó al río con todo y coche, el hombre le pregunta: “¿Qué cuerpo traías al caer?”. A lo que ella responde: “Ése en el que casi no tengo nalgas”. En el segundo cuento mencionado, el que da título al volumen, “Firmado con un klínex”, reaparece el Zurdo Mendieta, protagonista de la novela *Balas de plata*, para investigar las causas de una epidemia de suicidios femeninos en la ciudad de Caliháh. Inmerso en una atmósfera futurista, el detective lleva a cabo sus pesquisas hasta resolver un caso en el que cualquiera de las víctimas podría ser la protagonista del texto anterior. De este modo, ciencia ficción y relato detectivesco se unen para estrechar lazos con el absurdo y la fantasía en una inusual red de relaciones genéricas que preparan al lector para las siguientes exploraciones narrativas del libro. A partir de aquí lo imposible dejará de serlo en estas páginas, y las situaciones e imágenes planteadas por Élmer Mendoza mantendrán al lector en el límite entre la imaginación desbocada convertida en metáfora y sus significados realistas.

Así, en el relato titulado “Cuerpo” una *Miss Sinaloa* que quiere que le inviten “algo grande” discute con un hombre llamado Yo sobre sus ambiciones de reina de belleza, hasta que llegan otros hombres que sí la complacen. “Plop” es una minificción inescrutable de tan sólo cinco líneas, más ligada a la poesía que a la narrativa. En “Postal para Diego Luna” —parodia de un guión cinematográfico— el autor desarrolla una historia de camioneros y mujeres donde, tras un accidente donde muere, el chofer de un tráiler se ve imposibilitado momentáneamente para “caminar hacia la luz” porque en el impacto perdió sus lentes oscuros. En el texto titulado “Gard”, una acalorada discusión entre un francés y un italiano —que conoce a un mexicano muy “cogelón”— se ve interrumpida por la llegada de los siete enanos y Blanca Nieves, quien otorga al relato un aparente final feliz clásico. Y en el titulado “Ytsé” se dan cita una mujer bella y cuatro motociclistas que compiten por ella; la dama, oriunda de una ciu-

dad llamada Cabizbaja que basa su economía en el tráfico de órganos, elige al único de los motociclistas que es extraterrestre.

Pero Élmer Mendoza no sólo juega en este libro con situaciones extremas o casi inverosímiles, en el cuento que lleva por nombre “La casa de las sirenas” incursiona en lo que podríamos llamar “la nueva narrativa histórica” al recrear, con todas las libertades que le ofrece la imaginación, uno de los homicidios más impactantes de finales del siglo XIX, el de la emperatriz austriaca Sissi, cambiando algunos personajes, los motivos y el sitio en que se llevó a cabo, con el fin de otorgarle significados que tienen que ver con la mitología. Y en los titulados “La secta de Gutenberg” y “Fiesta” el autor lleva a cabo sendos homenajes literarios —como ya lo había hecho en su novela *Cóbraselo caro*—, si bien aquí los homenajes son multitudinarios y se sirve de ellos para hacer guiños a sus amigos y pasar revista a sus autores predilectos. “Fiesta”, así, resulta ser una reunión de voces, de líneas de novelas y relatos y, por supuesto, de nombres de escritores reunidos, por obra y gracia de la fantasía, en tan sólo seis páginas. “La secta Gutenberg”, en cambio, sitúa en un futuro hipotético la historia de actos terroristas entre grupos antagónicos de lectores y no lectores que pretenden resolver sus diferencias por medio de atentados violentos.

En “La decisión”, el autor vuelve a sus ambientes y temas más conocidos: un estudiante, fugitivo de la ley por haberse robado a la hija de un oficial de policía, llega nadando hasta un sembradío de mariguana cuyo dueño acaba de descubrir una gran olla de barro enterrada desde hace mucho en su parcela. Su indecisión acerca de abrirla o no para averiguar su contenido se transforma, a través del diálogo entre los personajes, en una ácida crítica a la situación socioeconómica actual, tanto de Sinaloa como del resto del país. Por último, en “Regalo de cumpleaños” —mi preferido del volumen— nos encontramos con una pareja en la que el hombre, desde hace varios años, decidió festejar a su mujer, no con joyas ni flores ni regalos, sino con experiencias extremas inolvidables. En este texto, de tonos hemingwayanos, los vemos en un viaje entre serpientes y otros animales salvajes, y bajo un sol de infierno, hacia un cráter vol-

cánico situado en el desierto de Altar, en Sonora, dejando al descubierto toda la tensión y las pulsiones de la adrenalina que los atenazan durante la experiencia.

Si bien, como mencioné líneas arriba, para muchos novelistas el cuento es laboratorio o cuarto de juegos donde ponen a prueba sus obsesiones y estrategias con el fin de sintetizar su esencia, para Élmer Mendoza es asimismo un terreno aparte, autónomo, que —aunque relacionado con el resto de su obra— ha demostrado desde los inicios de su trayectoria que vale por sí mismo. Es aquí donde este autor se deshace de los lastres de la imaginación para echarla a volar sin ataduras ni tapujos. Es aquí donde expresa más abiertamente sus afectos. Es aquí donde incursiona en los ámbitos límite que siempre lo han atraído. Es aquí donde obliga al lenguaje a dar todo de sí en busca de nuevas rutas.

Con atmósferas muchas veces enrarecidas y casi siempre minimalistas, como si se apartaran de modo voluntario para dar paso a las voces coloquiales de los personajes —pues la mayoría de los relatos se sostiene en los diálogos—, y por medio de muertos de regreso del más allá que se pasean entre los vivos y conversan con ellos con toda naturalidad, de mujeres iracundas que de un momento a otro quieren ver la sangre de su pareja escurriendo al piso, de trailers en el trance final deslumbrados por la luz del otro mundo, de detectives que viajan al futuro para resolver suicidios en serie, de mujeres sin freno para su ambición, de princesas de cuento de hadas y emperatrices que vuelven a morir de forma distinta, de extraterrestres enamorados, de escritores de fiesta y lectores en pie de guerra, y de parejas en busca de emociones fuertes, *Firmado con un klínex* destaca, hasta ahora, como el libro más singular de un narrador singular. Un conjunto de cuentos insólitos que representa el retorno de su autor a un género que ha practicado con fortuna desde sus inicios. Ficciones breves que abren, para Élmer Mendoza, un abanico de nuevas rutas narrativas que seguramente veremos extenderse más y más en sus libros por venir. ■

Élmer Mendoza, *Firmado con un klínex*, Tusquets Editores, México, 2009, 109 pp.